

La Oración

Un rayo de sol poniente; una inquietud vaga de vida que se adormece; el saludo con que despide el pájaro á la luz; las últimas vibraciones de la campana de la iglesia; la unión de los primeros instantes que preceden al éxtasis y al silencio, con los postreros estremecimientos de vida fecunda y laboriosa. Y un himno que se alza del suelo á las alturas. El instante único en que la tierra, las aguas, el viento, y los pájaros y las hojas y los insectos comulgan con el silencio y se reconcentran en oración. Un fulgor resplandeciente en las alturas; no un fulgor de claridad, sino un fulgor de infinitud. La materia desmaterializándose en plegaria al principio eterno que la rige, en canto de gloria á la plenitud de ser, á la seguridad de una continuidad de existencia, sin temor á la muerte, porque el sol que hoy se pone resplandecerá mañana, y el otoño que empieza lleva en sí una promesa de resurgimiento de nuevas primaveras.

La hora de la oración de las cosas.

Ah! La oración de las cosas no es la oración del temor, ni de la angustia, ni del remordimiento, porque ni son perecederas, ni sufren dolor, ni tienen culpas. Es más bella que la oración del hombre, porque no surge del egoísmo, sino de la dicha.

mo, sino de la dicha. Es más sugestiva y conmovedora, porque es expansiva y es intensa.

En la hora en que empieza á preludiarse, siente el hombre la influencia de su bondad, déjase arrastrar al par que por su solemnidad, por su melancolía y su dulzura; y la hora de la oración de las cosas conviértese en la hora

de meditación del hombre: el instante de dejadez dulce y amargo del recuerdo, aquel en que se aman las cosas pasadas, y en que, lo que ya no volverá adquiere idealidad y belleza.

En ese instante el hombre une insensiblemente su recogimiento al éxtasis de la naturaleza y compenétrase de su melancolía. Sus sombras, sombras protectoras, ampáranlo con ternuras de madre, y al empezar su crescendo el apogeo del canto de las cosas, el hombre no es ya egoísta, y sus pensamientos tienen tal desprendimiento de las vanidades del mundo, que acaso pudieran ser sus pensamientos postreros.

Minutos que tienen algo de eternidad.

Luego la plegaria vase apagando, la intensidad del instante culminante pasa, el misterioso encanto del éxtasis desaparece; las sombras materiales cubren las cosas, las sombras del espíritu apodéranse tal vez del hombre y la voz de la oración se extingue por momentos: Ya no hay en las alturas el resplandeciente fulgor de infinitud que la escuchara, y abajo, en el suelo, las cosas aún estremecidas por las últimas estrofas de su oración adormécense lentamente en las tinieblas.

La noche aparece y el hombre vuelve de su recogimiento y sus recuerdos; su oración, si acaso entonces la murmura, es como en el resto del día, oración en que al presente, objeto siempre de su injusto descontento, compara las aumentadas dichas del pasado, ó las soñadas felicidades del porvenir.

Y sólo una vez en hora diferente es la oración del hombre espontánea y mística como la que une á la plegaria de la naturaleza: su última plegaria, la más bella, la más solemne, la que murmura en el instante supremo, al dejar de ser, la que reúne su pasado á su presente y á la eternidad. Y en ese instante cualquiera que sea la hora, la naturaleza y las cosas únense al hombre en su última oración.

Mercedes DAUS.